BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

Y

ZARZUELAS BUFAS Y SERIAS,

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID Y PROVINCIAS.

Se venden en *Madrid*, librería de Cuesta, calle de las Carretas, núm. 9, y S. Martin, Puerta del Sol; en *Provincias*, en casa de sus corresponsales.

[344:10]

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

DON BLAS EL ZAPATERO
Ó
EL FUTURO MINISTRO.

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

D. ANGEL MARIA SEGOVIA,

MÚSICA

DEL MAESTRO SCARLATTI.

CUATRO REALES.

MADRID:
IMPRENTA DE G. ALHAMBRA,
CALLE DE S. BERNARDO, 73.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
CAROLINA.....	
D. BLAS.....	
D. PEPITO.....	

ACTO ÚNICO.

Sala decente en casa de Carolina.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA *aparece bordando unas zapatillas.*

MÚSICA.

CAR. ¡Jesús que cansado
es este bordado!
Me voy un momento,
despues volveré.
Mas si estoy mañana
como hoy holgazana,
adios zapatillas,
no entrais en mi pié.

HABLADO.

Recojeré mi trabajo
y me marcharé allá dentro,
á ver si desde el balcon
á mi mudo amante veo. (*Llaman á la puerta.*)
Quién llama?

BLAS (*dentro.*) Abra usted, soy yo.

CAR. ¡A qué vendrá el zapatero!
Alguna nueva embajada...
(*Alto.*) Empuje usted, que está abierto.

ESCENA II.

CAROLINA *y* DON BLAS.

BLAS. Señorita Carolina
muy buenos dias.

CAR. Muy buenos.

BLAS. Usted buena.

CAR. Bien, y usted?

BLAS. Bien, á Dios gracias.

CAR. Me alegro.

BLAS. Digo, ¿yo he dicho que bien?
Pues la erré de medio á medio.

Es verdad que bien estoy,
porque yo siempre estoy bueno;
á no ser lo que me mata
el reuma algunos momentos,
y los dolores de muelas
que me matan hace tiempo;
lo demás, y no contando,
porque esto yo no lo cuento,
con un dolor de riñones
que hace algunos dias tengo,
y que me mata tambien,
lo demás yo nada siento.

CAR. Hombre, á usted todo le mata.

BLAS. Lo que me mata mas que eso,
es mi parienta, que está
con diez y siete diviesos
en la cama, hace ocho dias,
y yo siempre con ungüentos
entre manos, y aun así
ya ve con todo y con eso,
cuando se le cura uno,
le salen dos pares nuevos,
de modo, que me figuro
que dentro de poco tiempo,
si el Señor no lo remedia,
va á ser su cuerpo un divieso;
pero á qué he venido yo?
¡Ah! vamos, si, ya recuerdo.

CAR. Es alguna buena nueva?

BLAS. No, porque el asunto es viejo;
figúrese usted que hablo
de las botas que he compuesto
esta mañana...

CAR. Las mias?

BLAS. Si señora, las he puesto
como nuevas.

CAR. Como que
nuevas eran en efecto.

BLAS. Ah! si señora, en poniendo
medias suelas, vigoteras,
y á los estremos remiendos,
tacones de nueva planta
y unos elásticos...
quedan como nuevas, pues,
y esa es la obra que he hecho;
pero con tal disimulo,
que yo mismo á veces creo

que están, señora, tan nuevas
como el dia que salieron
del almacen.

CAR. Cuánto es?

BLAS. A usted dos reales y medio.

CAR. Tome usted. (*Le dá el dinero.*)

BLAS. (*Tomándolo.*) No corre prisa.

CAR. Muy bien; pero yo la tengo;
y diga usted, ¿qué se sabe
del vecino del tercero?

BLAS. De Don Pepito?

CAR. Si.

BLAS. ¡Ah!
cada dia está mas terco
en que la ha de hablar á usted.

CAR. Si? Pues es un loco empeño;
no puedo ver que los hombres
hagan el oso.

BLAS. Convengo;
lo mismo que usted decia
Doña Luisa Moralejo
antes de casarse con
Don Sebastian Montenegro,
y lo mismo haria yo,
si fuera mujer; pero
una cosa es hacer de oso,
y otra de un amante tierno.
Vea usted, ese Don Pepito
es un chico....

CAR. Vaya, veo
que vá usted á empezar ahora
con sus diarios consejos;
es eso?

BLAS. No, yo...

CAR. Ya he dicho,
y lo repito de nuevo,
que no quiero recibir
consejos de usted.

BLAS. Qué genio!

CAR. Ni de nadie, si es contra
de lo que yo quiero y pienso.

BLAS. Como usted me preguntaba
si sabia de él, por eso...

CAR. Bueno, porque me interesa,
porque es un chico á quien quiero;
por su figura me gusta
mas, cada vez que le veo,

me temo que hable, y
eche mi ilusion al suelo.
No me gustan los piropos,
me cargan los chicoleos....

BLAS. Pues entonces, señorita,
si le disgusta á usted eso
de que la echen piropos,
no tendrá usted nunca, creo,
un novio, porque... qué diantre!
¿que han de decir sino es eso?

CAR. Ea, déjeme usté en paz.
Abur! (*Váse.*)

BLAS. Y se vá!! ¡Qué genio!

ESCENA III.

DON BLAS.

¡Toma! Y se ha ido, y me deja
la muy grandisima loca,
con una cuarta de boca
que llega de oreja á oreja;
y de ese genio tan malo
dice que no cura? ¡Oh!
ya la curaria yo
con el jarabe de palo.
Mas pese al genio maldito,
á los dos he de arreglar;
me voy ahora á buscar
á mi señor Don Pepito.

ESCENA IV.

DON BLAS *y* PEPITO.

MÚSICA.

PEP. Don Blas, qué hay del negocio?

BLAS. No se presenta mal.

PEP. Marchemos, no nos vea.

BLAS. Escuche usted y sabrá.
Es Carolina
la mas divina
de las mujeres
que he visto yo.
Pero la hermosa
es caprichosa,
segun há poco
me declaró.

PEP. Sé que es divina

mi Carolina,
solo por eso
la quiero yo.
Tras de la hermosa,
tan caprichosa,
saber el tema
quisiera yo. (*Duo.*)

BLAS. Pues entonces, buen amigo,
oiga usted con atencion;
sabrá el medio mas seguro
de ablandar su corazon.

PEP. Hable pronto, buen amigo;
ya escucho con atencion,
sepa yo de qué manera
puedo conquistar su amor.

HABLADO.

PEP. Sepamos pronto, Don Blas,
qué ha sabido usted de nuevo,
que me tiene esa mujer
enloquecido.

BLAS. Lo creo.
Sepa usted, Señor Don Pepe,
que el amor tan solo es bueno
para dar dolor de estómago
y alborotar el cerebro.
Yo lo sé...

PEP. Basta, Don Blas,
no empiece usted con rodeos
como de costumbre; al grano.

BLAS. Tambien usted tiene un genio.

PEP. Si usté es capaz de enfadar,
á un santo Cristo de yeso.

BLAS. Ya sabe usted que yo soy
hombre liberal y bueno;
honrado hasta por los codos,
y noble de nacimiento;
por eso me dan el nombre
de Don Blas el zapatero,
que es una especie de sátira
que echa la gente á los tiempos,
como diciendo: «En España,
no se proteje á los buenos.»
Mi papá fué capitan
de Cazadores, en tiempo
de...

PEP. Si, lo sé, hombre.

BLAS. Bien.
Por eso se lo recuerdo;
yo soy persona decente
porque mis papás lo fueron,
y constante en mis ideas
de liberal puro, acérrimo,
he preferido á *venderme*,
ser un triste zapatero.
Mire usted, en las elecciones
pude yo...

PEP. (Jesús! qué terco!)
Hombre, si ya estoy cansado
de oirle á usted todo eso?

BLAS. Pues yo jamás me he cansado
de decirlo, porque es cierto;
mire usted, Don Juan Martinez...

PEP. No miro nada, estoy ciego. (*Se pasea aburrido.*)

BLAS. Don Juan Martinez, que es
teniente de granaderos,
es testigo; y mi papá
era un hombre de provecho;
figúrese usted que un dia
estando en el campamento,
se presentó un coronel....

PEP. Vaya, Don Blas, hasta luego. (*Se vá y vuelve.*)

BLAS. Pero, cómo! ¿Se vá usted?

PEP. Si me está usted entreteniendo,
y yo tengo mucha prisa. ..

BLAS. Hombre, qué vivo de genio
es usted; lo mismo es
un parroquiano que tengo,
un tal Don Lesmes, quizás
le conozca usted; un sujeto
muy apreciable, muy fino,
él es de Matapozuelos;
pero viene á temporadas
aquí, por causa de un pleito,
que tiene con el Alcalde
popular del mismo pueblo;
y como el Procurador
creo que es un gran pilluelo...
Y á propósito, Don Pepe,
ahora que hablamos de esto,
¿sabe usted que esta familia
de escribanos, y porteros,
oidores, magistrados,
procuradores y necios,

parece mentira, existan
en el siglo del telégrafo?
Luego dicen que es el siglo
de las luces! ¡del progreso!.....
Parece mentira, que
sea este ignorante pueblo....

PEP. Lo que parece mentira
es que exista un majadero
como usted.

BLAS. Hombre, por qué
me dice usted ahora eso?

PEP. Habla usted solo, mas que
treinta y nueve zapateros.

BLAS. Es que entre todos, no sirven
para descalzarme; luego,
quiere usted á mí compararme
con los demás zapateros?
Soy zapatero de viejo;
pero soy buen liberal,
honrado y fiel en estremo,
y soy persona decente
desde el zapato al sombrero.
Hombre, y diga usted; á propósito,
ahora que hablamos de esto,
¿tiene usted allá en su casa
algun sombrerillo viejo
que regalarme? Porque
están muy malos los tiempos,
y siendo de una persona
de confianza, así... no tengo
inconveniente en tomarle
y ponerle, aunque esté viejo;
ahora si fuera de otro....

PEP Hombre, si señor, si, tengo
sombrero y botas, y todo
lo que usted quiera.

BLAS. Agradezco...

PEP. Lo que yo agradeceré
es que me diga usted presto,
cuál es el medio mejor,
ese magnifico medio,
para hacer que Carolina
me corresponda.

BLAS. Comprendo.

PEP. Me lo ha prometido usted,
y hace dos horas que espero
saber cuál es.

BLAS. Pues señor,
como le iba á usted diciendo,
esa mujer es muy loca
y caprichosa en estremo.
PEP. Eso ya lo ha dicho usted antes.
BLAS. Pues lo repito de nuevo.
PEP. Pues no me repita usted...
BLAS. Bueno, Don Pepito, bueno.
Es el caso, que ella dice
que le gusta usted.
PEP. Es cierto?
BLAS. Continúo; que usted es
muy guapo; un chico muy bueno;
pero dice que una cosa
solamente está temiendo.
Y es, que sea usted como
esa sarta de polluelos,
que cuando hacen el amor
se deshacen en requiebros
diciendo: «Adios, hermosota.»
«Vaya usted con Dios, salero.»
Y en fin, otras necedades,
quiero decir, chicoleos,
que sobre no tener gracia...
PEP. De modo que segun eso
quiere que la llamen fea...?
BLAS. Hombre, no; tanto como eso...
Pues ¡buenas son las mujeres!
El insulto mas tremendo
para ellas, Don Pepito,
es decirlas...
PEP. Ah! Ya entiendo;
ella lo que quiere es...
Vamos, si, si, ya comprendo;
pues, hasta luego, Don Blas.
BLAS. Pero...
PEP. Ya hablaremos luego. (*Váse.*)

ESCENA V.

DON BLAS.

Pues señor, bien; está visto,
y probado hasta el estremo
que está este picaro mundo
nadando en un mar de necios.
¡Ay! si yo fuera ministro!
Como pronto pienso serlo,

mandaba ahorcarlos á todos;
pero en fin, los dejaremos.
Yo soy ministro futuro
que ha de obrar con el tiempo,
y entonces... ¡ah! ¡oh! Entonces..
¡la mar! la mar de sucesos!
Les declaro guerra á muerte...
pues, á los titiriteros. (*Vase.*)

ESCENA VI.

CAROLINA; *luego* PEPITO.

CAR. No le he visto en el balcon;
segura estoy que le quiero;
siempre que miro al tercero
me palpita el corazon.

MÚSICA.

CAR. Des que le ví una mañana
su figura vive aquí. (*En el corazon.*)
Yo estoy de él enamorada
aunque trate de fingir.

PEP. (Hermosa rosa temprana,
yo te amo con frenesí;
de la noche á la mañana
vive tu imágen aquí.)
(*Adelantando al proscenio.*)
Hermosa Carolina...
(Se me olvidó el papel.)

CAR. (Ya me lanzó un piropo,
empieza con mal pié.)

PEP. Yo soy un guapo mozo
como se vé.
Los encantos no envidio
qué tiene usted.

CAR. Primero, caballero,
dígame usted,
con qué licencia ha puesto
aquí los piés?

PEP. Con la que diré luego,
ahora no;
dentro de unos instantes
hablaré yo.

CAR. Descanse pronto y diga
para qué entró.

PEP. Curiosidad en ella
se despertó.

HABLADO.

CAR. A qué viene usted, y por qué,
podria saberlo yo?
PEP. Si señora; ¿por qué no?
Si en ello se empeña usted.
CAR. Creo la pregunta justa.
PEP. Yo la creo algo *indigesta*.
aunque sé que mi respuesta
no es mucho lo que á usted gusta;
mas yo no soy cortesano,
y de desengaños lleno,
digo lo malo y lo bueno
en estilo mondo y llano.
Yo voy aquí á declarar
cuanto tengo que decir,
si es que usted me quiere oir,
siéntese usted á escuchar.
CAR. Permita usted que me asombre...
PEP. De lo que mi lengua nombra,
señora, nadie se asombra.
CAR. (Ya me vá gustando este hombre..)
Conque, á qué debo el honor?
PEP. Ahora lo vá usté á saber.
Como no tengo que hacer
y hoy estoy de mal humor,
por no alborotar la casa
ó mas bien, no hacer el oso,
incomodado, furioso,
sin saber lo que me pasa,
á mi vida iba á dar fin
ya perdida la razon,
cuando me asomé al balcon,
y recordé á Moratin.
El cual si no me he olvidado,
dice... lo vá usted á saber:
«que si yo me llego á ver
una vez desesperado,
ó me meto á traductor
ó me degüello, ó me caso.»
Y esto, de que no he hechocaso,
hoy me quitó el mal humor.
Pensé, el consejo seguí,
y lo he puesto en planta ahora;
á esto debe usted, señora,
el honor de verme aquí.
CAR. Es decir, que usted se casa

por no matarme?

PEP. Cabal;
yo sé que me encuentro mal
y no sé lo que me pasa;
conque en vez de degollarme,
como dice Moratin,
pondré á mi existencia fin
acabando por casarme.
Esto pensé, y lo aprobé;
estoy tan enamorado,
que quiero ser degollado
casándome con usted.

CAR. Hombre, así tan de repente,
sin conocerle ni nada?

PEP. Pues qué, no está usted cansada
de verme siempre ahí enfrente?
Yo quiero evitar el roce,
porque así, solo hallo gozo,
y aunque con nadie me rozo
todo el mundo me conoce.
Si usted no cree en verdad
mis parlamentos disformes,
puede usted pedir informes
á toda la vecindad.

CAR. (Me gusta para marido
un genio como este, llano.)

PEP. Nada, acepte usted mi mano,
mire usted que es buen partido.

CAR. Se alaba mucho, no cuela.

PEP. Pues siempre he sido lo mismo.
Cuando recibí el bautismo
ya habia muerto mi abuela.

CAR. Bueno, yo lo pensaré,
y contestaré á usted pronto.

PEP. No me gusta hacer el tonto.

CAR. Por eso me gusta usted.

PEP. Y usted á mí, no lo niego,
vamos á estar dos amantes...
Dentro de pocos instantes
estoy de vuelta, hasta luego. (*Váse.*)

ESCENA VII.

CAROLINA.

Qué hombre tan original!
Qué desenvueltas maneras!
Nada, en él no hay fingimiento,

todo él entero es franqueza;
en nada absolutamente
se parece á esa caterva
de polluelos, que á piropos
nos cansan y nos marean.
Pues señor, suerte es la mia,
ya que su figura era
para mí tan agradable,
ser en sus modales buena.
Las gracias doy á don Blas
que me proporciona esta...
Caramba! Voy á llamarle
que me dé la enhorabuena.

ESCENA VIII.

CAROLINA, DON BLAS.

MÚSICA.

BLAS. Señorita Carolina,
CAR. Bien venido, amigo mio.
BLAS. (Hola, hola, esto vá bueno,
cuando ella me llama amigo.)
CAR. Soy una mujer feliz
y á usted solo lo agradezco;
será padrino de boda
mi don Blas el zapatero.
BLAS. Señorita Carolina,
á ser padrino me ofrezco,
mande usted en cuanto guste
á don Blas el zapatero.
CAR. Amando vivo á un jóven
de gran provecho,
hermoso, jóven, raro,
cual yo le quiero.
El gozo me rebosa,
contenta vivo,
y á usted se lo agradezco
querido amigo.
BLAS. Há tiempo que ese jóven,
á quien aprecio,
me dijo que á usté amaba,
pero en secreto.
Y yo que á todo el mundo
siempre he servido,
le propuse que entrára,
como así ha sido.

HABLADO.

CAR. Ah! luego usted le propuso
la entrada en este aposento?
BLAS. Sí, señora; mire usted,
yo, como sé todo eso
que sufre un enamorado
por su adorado tormento,
porque antes de ser fraile
he sido ya cocinero,
le dije, digo, pues mire,
entre y háblela sin miedo;
yo ya sé que usted es un poco
bastante vivo de génio;
pero á ella le gusta un hombre
original en extremo,
raro; en fin, le dije todo
lo que usted me dijo, y luego
añadí, conque usted la hable
con un poco fingimiento,
haciéndose el calavera,
y en fin, cambiando ese genio,
podrá usté alcanzar su amor...
CAR. (Esto varía de aspecto.)
Es decir, señor don Blas,
que él ha seguido el consejo
de usted?
BLAS. Toma! Pues es claro;
yo le enteré de ese genio
que usted tiene, y los caprichos
que aprecio, y siempre respeto...
CAR. Es decir que lo que ha dicho
todo ha sido fingimiento;
que no es su carácter ese?...
BLAS. No, él siguió mi consejo;
mire usted; don Pedro Vargas,
oficial del ministerio,
cuando andaba enamorado
de doña Luisa Pacheco,
que es hoy su esposa...
CAR. Bien, basta;
don Blas... es usted un mostrenco.
BLAS. Como!
CAR. Un traidor, un bellaco,
y á más de bellaco, necio.
BLAS. Señora, explíquese usted,
que francamente no entiendo...

CAR. Nada, ya no quiero á ese hombre;
todo ha sido fingimiento;
claro, si le ha dicho usted
los caprichos que yo tengo,
es claro, por agradar
ha disfrazado su genio.

BLAS. Y eso, qué tiene que ver
Señorita, si es muy bueno?
Mire usted...

CAR. Vaya usté al diablo,
y don Pepe á los infiernos. (*Váse.*)

ESCENA IX.

DON BLAS, *luego* D. PEPITO.

BLAS. Cuando yo sea ministro,
la echaré á usted á un desierto,
para que allá entre las fieras
se le module ese genio,
que usted solo debe estar
entre fieras ó entre negros.
Pues señor, hecho una pieza
me ha dejado ese sargento,
vestido de... Calle, el otro!
Mas te valiera haber muerto.

MÚSICA.

PEP. Don Blas, amigo mio.

BLAS. Así la otra empezó.

PEP. De usted es la conquista,
á usted la debo yo,

BLAS. Ay! don Pepito
que malo estoy,
siento en el alma
tal desazon,
que si Dios no lo remedia
aquí don Blas acabó.

PEP. Don Blas, amigo,
tal desazon,
diga si puedo
curarle yo;
porque soy de los mortales
el que mas feliz nació.

BLAS. Pues si usté se empeña en ello,
al momento lo diré:
calabazas! calabazas!
calabazas tiene usté.

PEP. Que es lo que oigo, caballero?
Es verdad lo que escuché?
Diga pronto, diga pronto,
al momento esplíquese.

HABLADO.

BLAS. Pues sepa usté, don Pepito,
que el fruto de mis desvelos,
por hacer que arda entre ustedes
la antorcha del Himeneo,
han sido unas calabazas
de treinta arrobas de peso.
PEP. Imposible!
BLAS. Ay! don Pepito,
ojalá no fuese cierto!
A usté le dá calabazas
y á mí el nombre de podenco,
bellaco, traidor, canalla,
y qué se yó! Es un infierno
su boca, solo porque
he descubierto el enredo,
diciendo, que era fingido
ese carácter de necio
que tanto la enamoró.
Qué! lo mismo fué oir esto,
y saber que usted guiado
vino aquí por mi consejo,
me ha puesto como un tómate,
me ha tratado como á un perro.
PEP. Ah! ruin, bellaco, traidor,
remendon, vil zapatero,
y á usted, quién le mete á hablar?
BLAS. Pues señor, esto va bueno;
me han convertido en archivo
de motes á cual mas feos.
PEP. Don Blas, es usté un pillastre
de siete suelas.
BLAS. No tengo
tantas en la portería.
PEP. Es usté un mal caballero.
BLAS. Eso si que no lo sufro.
Mi dignidad por el suelo!
Mi papá fué capitan,
y aunque yo no llegué á serlo,
tengo *Don*, y siempre he dado
pruebas de ser caballero;
y si no soy capitan,

soy oficial, por lo menos.

PEP. Usted oficial?

BLAS. Si señor,
oficial... de zapatero.

ESCENA X.

DICHOS Y CAROLINA.

CAR. Señores, qué bulla es esta?
Tengan á bien, al momento,
desocupar esta casa,
y huir de mi vista lejos.

BL Entro en la indirecta yo?

CA Si señor, usté el primero.

PEP. Pues claro, á usted, quién le mete
á hacerse casamentero?

BLAS. Pero hombre...

PEP. Quite usté de ahí,
cara de zapato viejo.
Conque, hermosa Carolina,
lo que dice este hombre, es cierto?

CAR. Si señor.

BLAS. Pero señora,
que no mude usté ese genio!
Lo mismo era la esposa
del coronel Oliveros,
cuando...

PEP. Y tiene usted valor
para hablar aun, don Pérfido?,

CAR. Márchese, y no vuelve aquí;
odio á usted por majadero.

PEP. Por bergante.

CAR. Por traidor.

BLAS. Hombre, me han puesto el cerebro
hecho un depósito de
alarmantes vituperios;
me han convertido en Aduana
de terribles vilipendios:
vive Dios! y no lo sufre
ya don Blas el zapatero.
Yo soy futuro Ministro
de Ultramar ó de Fomento;
yo soy liberal, señores,
yo soy progresista acérrimo,
no me hagan saltar... porque
voy á subir hasta el cielo,
como dijo un comandante,

que era gallego por cierto.

CAR. Conque, señores, ya saben
mi decision.

PEP. Ah! gran perro!
Por tí llevo calabazas;
por usted, señor podenco.

BLAS. Pues mire usted, no le pese;
hoy estan malos los tiempos,
y usted ya lleva hortaliza
para dos ó tres inviernos.

MÚSICA.

PEP. Impío, bellaco,
ruin, infame, traidor.

BLAS. Basta de motes
que pueden ajar mi honor.

CAR. Basta, señores,
salgan presto de aquí;
que á mi casa, nunca
se viene á reñir.

CAR. Y PEP. Este hombre,
este tunante,
tan bergante
tan infiel,
el verdugo
es de mi dicha
del amor que yo soñé.
Fuera don Zapatero,
fuera, fuera de aquí,
no vuelva usté á mirarme
zopenco, malandrin.

BLAS. Me tienen aburrido
con tanto hablar de más,
me voy; y ya en la vida
no nombren á don Blas.

PEP. Señorita; hasta mas ver.

CAR. Vaya usted con Dios.

BLAS. La amistad de ustedes
ya desde hoy murió;
como zapatero, siempre
á sus órdenes estoy,
mas como particular
busquen amigo mejor.

PEP. Y CAR. Ya olvidé mi amor,
como amiga / amigo } aquí me tiene,
siempre á su disposicion.

Dispense usted { amiguita / amiguito...
Adios, adios, adios.

Al concluir este TERCETO, PEPITO *se vá por el foro, repitiendo el «Adios,» y* CAROLINA *por la izquierda.*

FIN

3 0112 115878446